

JORGE CARPIZO EN AUGIAS

Ignacio CHÁVEZ DE LA LAMA

El doctor Jorge Carpizo fue sorprendido con el azadón en la mano e inclinado sobre el surco. Desde el emeritazgo había redoblado su trabajo por convicción personal y compromisos con la UNAM. Su agenda estaba llena, repleta de compromisos, lo mismo como organizador de actos académicos o ponente, que como autor e impulsor de iniciativas o galardonado, tanto en el país y el extranjero. Sus actividades las combinaba con su pasión por viajar y conocer.

A diferencia de muchos otros que aquí escriben, no me encontré personalmente con el doctor Carpizo, sino en unas cuantas ocasiones. De ello no me percaté sino retrospectivamente, porque la suya era una presencia asidua, aunque no fuera física. Así lo establecían sus apariciones constantes en los medios como personaje universitario, respetado funcionario con enormes y delicadísimas responsabilidades en momentos clave de la vida política del país y figura pública. Además, él asistía de cuando en cuando a la casa paterna, invitado a las convivencias organizadas por mis padres. Asistió al sepelio de mi madre. Del menguante estado de salud de mi padre se mantuvo atento con comunicaciones telefónicas y visitas puntuales.

A mí me distinguió obsequiándome dos libros suyos, uno dedicado. Su interés y concurso fueron claves para hallar una ventana en el muro para la publicación de un libro de mi autoría, cuyo tema son recuperaciones y esclarecimientos históricos en la UNAM. Varias veces tuvo la amabilidad de marcarme telefónicamente, escribió el prólogo y presentó el libro. Él me pedía que le hablara de “tú”, y logré resistirme, no sé cómo. Yo esperaba a que se abriera un hueco en su agenda para obtener un testimonio más detallado... Cuando en la red hallé sin esperarlo una versión electrónica del soberbio libro *Evolución política del pueblo mexicano* de Justo Sierra, por asociación pensé en enviárselo por e-correo con la leyenda “¡Hecho en Campeche!”, mas tiempo ya no hubo.

Voy por lo tanto a acogerme a un testimonio histórico suyo* localizado en la periferia de su obra, y acaso poco conocido. Esta historia, tipo Señor de las Moscas, ha de resaltarse por sus méritos propios y porque versa sobre acontecimientos que los menores de 55 años de edad tienden a desconocer. Helo aquí:

El rector Pablo González Casanova había sido obligado a renunciar por la acción concurrente, y combinada, de un par de hampones entre oligofrénicos y dementes, por un lado; y la eclosión del conflicto laboral con los trabajadores administrativos, por el otro. Los primeros ocuparon, ametralladora en mano, la Rectoría durante meses mientras posaban como paladines de causas populares y progresistas y las fuerzas antiautoridad y antisistémicas de dentro de la institución les aplaudían y azuzaban a continuar, sabedoras de que podrían recoger las nueces producidas por la agitación del árbol. Los segundos aprovecharon la crisis institucional para irse a una suspensión ilegal de labores. Al nuevo rector se le consideraba presa fácil en estas circunstancias, para desplazarlo o, mejor, doblegarlo. El nuevo rector, el doctor Guillermo Soberón, debía habérselas con varias tormentas interrelacionadas e interconectadas que golpeaban al mismo tiempo a la UNAM por las dos costas y los cuatro costados. De inicio no se le dejó tomar posesión del cargo en la ceremonia organizada al efecto. A lo largo de todo el año de 1973, él y su equipo enfrentaron todo tipo de agresiones, presiones ilegítimas y conflictos.

Como abogado general de la universidad, al doctor Carpizo, uno extremadamente joven, le tocó estar en la rompiente de todos ellos, responsable de cumplir, ley en la mano, las instrucciones del rector Soberón, quien le hizo saber a sus colaboradores desde el principio que no haría concesiones académicas, y prefería ser rector por unas cuantas semanas que ser un rector arrodillado durante cuatro años. Es, como se verá, una historia de temple y compromiso, determinación y sacrificio.

La agitación laboral y la violencia de líderes se conjuntaron para intentar extraer concesiones y quebrantar el orden académico y jurídico de la Universidad, y así obtener el control de su gobierno con fines extraeducativos. Hubo tomas por la fuerza de la Torre de Rectoría y de escuelas. Movimientos pedían, lo mismo desde las preparatorias populares que en la Facultad de Medicina, pase automático y becas alimenticias. El movimiento estudiantil de Sinaloa conocido como “los enfermos”, envió su delegación y

* Carpizo, Jorge, “1973: un año crítico en la vida de la Universidad Nacional y en la de Guillermo Soberón”, en Sarukhán, José *et al.* (comps.), *Guillermo Soberón. Dentro y fuera de la Universidad. Impresiones sobre su obra*, México, UNAM, 1992.

recurrió al terror verbal y las amenazas de muerte a profesores y estudiantes. El delito cundió, acompañado de la violencia. Los dirigentes de los comités de lucha se paseaban por el campus haciendo ostentación de sus armas de fuego. Grupos de trabajadores y campesinos fueron llevados al campus para lanzarlos contra la Rectoría. Todos estos grupos y movimientos, incluyendo el sindical, se habían “coludido” y coaligado —declaró la Universidad— para obtener “ventajas académicas, reconocimiento de situaciones de hecho, desconocimiento de los acuerdos laborales, concesiones ilícitas, amparo universitario fundado en una dolosa interpretación de la autonomía y un trato preferencial que supeditaría a la universidad ante quienes ejercerían la violencia como norma de la vida universitaria”.

El rector Soberón, el doctor Carpizo y el secretario general, el doctor Valentín Molina Piñeiro, estuvieron a punto de ser secuestrados en una invasión por sorpresa a la Torre de Rectoría por contingentes de la Preparatoria Popular. Cuando se retiró a los comités de lucha el control de las cafeterías del campus y de los pagos monetarios a estudiantes conocidos como becas alimenticias, control del que gozaban desde mediados de 1966, el piso 6 de la Rectoría fue ametrallado desde la explanada. Las luces de la Universidad apagadas, en el piso 7 Carpizo y el secretario general auxiliar, el ingeniero Javier Jiménez Espriú, se lanzaron al piso cuando escucharon las detonaciones, que al principio consideraron “ruidos raros de cohetes”. Para revertir la cancelación de las concesiones de las cafeterías, los comités de lucha declararon la guerra a la autoridad universitaria. La Rectoría se mantuvo firme y no retiró las denuncias jurídicas que a lo largo de todo 1973 la UNAM había levantando. Tres visitas hicieron al titular de la Dirección General de Asuntos Jurídicos y con insultos y amenazas exigieron que se desistiera. En la cuarta desalojaron a empellones al titular y su equipo y se apoderaron de las instalaciones. La siguiente parada era la oficina del Abogado General.

Veinticuatro horas después del desalojo de esa Dirección se presentaron en mi oficina. La esperaba. Entraron sin anunciarse, y comenzaron los insultos y más insultos. Gritaron y me apuntaban con las metralletas. Traté de relajarme en mi sillón y mirarlos directamente. Dejé que soltaran todas sus majaderías e insolencias. Cuando se cansaron y callaron por unos instantes, con voz calmada, les expresé: ‘pueden hacer lo que quieran. La universidad les reitera que no se va a desistir de las denuncias. De ello pueden estar seguros’. Volvieron a insultarme y, amenazarme y abandonaron la oficina... En esos días realmente los principales funcionarios universitarios devengaban el salario del miedo.

Las autoridades, inermes, entonces decidieron solicitar la intervención de la fuerza pública, porque de lo contrario habría que hacerlo después del homicidio de un funcionario universitario. Rompieron así el tabú: la autonomía no es extraterritorialidad. A su vez, el conflicto laboral se resolvió con la elaboración de un nuevo marco jurídico. Ah, y se me olvidaba: todo esto sucedía mientras la matrícula estudiantil de la UNAM aumentaba de 168 mil a fines de 1972 a 218 mil a principios de 1974, contra 75 mil en 1965. Las tasas de inscripción eran tales que se consideraba que ascendería a medio millón tan pronto como en 1977.

En 1973 la UNAM estaba a un centímetro de caer en el abismo populista en el cual desgraciadamente se precipitaron universidades públicas como las de Guerrero, Puebla y Oaxaca. Imaginemos que la UNAM se hubiera convertido en un monstruo de aquellos que demagógicamente se denominaron universidades-pueblo. Se habría destruido como institución académica, y el daño para México habría sido enorme, inimaginable, y el ejemplo hubiera cundido...

El doctor Carpizo sabía que la Universidad debe preparar bien en lo profesional a los educandos, darles una concepción del mundo y la existencia, inculcarles la cultura y formarles una conciencia social, para que de ella salgan los hombres que transformarán a México. En toda su trayectoria se topó con quienes desean negar el ideal educativo o *paideia* que la Universidad encarna, poder espiritual de papel emancipador en lo intelectual y lo moral. Son quienes se proponen hacer de la institución una arena de luchas políticas y seudoeducación, en la que los conflictos brotan exteriorizados por los jóvenes. Apenas unos años antes de 1973 era alumno de la Facultad de Derecho cuando estalló la revuelta de 1966. Ésta tuvo también por objetivo quebrantar el orden académico y jurídico de la universidad, se valió de la acción directa y la violencia, y fue realizada por una mezcla de fuerzas y personajes internos y externos, y sujetos de izquierda y derecha escondidos detrás de agentes gansteriles y grupos de choque. Fue también un intento de instaurar la universidad-pueblo y la universidad-revolución en la Nacional Autónoma de México. Al consumarse el movimiento, Jorge Carpizo fue, como otros, castigado físicamente por los vencedores en mayo de 1966, a fin de humillarlo por habersele opuesto (cuando, prestado por la UNAM durante unos años al gobierno federal, donde también hubo de lidiar con establos, se volvió procurador general y secretario de Gobernación, varios de sus victimarios de 1966 se comunicaron telefónicamente con él para felicitarlo, y por el ingenuo temor a que él desde esos puestos tomase represalias contra ellos casi 30 años después).

Como rector de 1985 a 1989, sabía que en la UNAM se necesitaban medidas de reparación y superación. Por conciencia y convicción sabía que el rector no podía abstenerse de tomar decisiones y asumir riesgos en aras de elevar los cánones de calidad y disciplina, relajados recientemente por las presiones del así llamado ‘movimiento estudiantil’ y los dislocamientos generados por la explosión cuantitativa reciente del sistema. Si había terminado el ciclo de expansión acelerada de la matrícula que se reanudó en 1967, se iniciaba la crisis fiscal del país y se agravaba la económica. Legado y reverberación de los años sesenta y los desgarramientos de los años 70, había una crispación política producto de la agitación y propaganda permanentes que las minorías organizadas y activas hacen entre las mayorías de estudiantes pasivos y amorfos con objeto de hacerlos carne de cañón y carne de militancia.

Cuando el rector lanzó la iniciativa de *Fortaleza y Debilidad de la UNAM*, de nuevo la caballada de la universidad-pueblo vino rauda a su encuentro para hacer de la institución un armatoste político. Conformadas desde los años 60, las izquierdas estudiantil y magisterial, la radical y no radical-sensata, recurrieron a la acción directa y rechazaron el proyecto del doctor Carpizo, pretendiendo que ellas constituían la clave de la renovación y mejora de la universidad. Hablaban como si no hubieran transcurrido casi quince años desde que mostraron su idiotismo educativo en las universidades de los estados y aun en algunos planteles de la propia UNAM, a los que sometieron a una destrucción nihilista a la que llamaron, en el colmo de la perversión de las ideas y la corrupción del lenguaje, “reforma universitaria”. Conocedor del tema, porque durante años estuve en la Facultad de Economía, y con los ojos de la cara vi a la izquierda radical universitaria actuar, publiqué en la prensa un par de textos sobre la falsedad tartufiana y las depredaciones y despropósitos de estos falsos profetas. Los clérigos de la universidad-pueblo, los trillados y los nuevos, vieron con todo el mundo caer el Muro de Berlín y desaparecer a la Unión Soviética, pero volvieron a la carga con una nueva Revolución Cultural China en 1999-2000.

En 2009 el doctor Jorge Carpizo publicó un libro sobre ética, derecho y libertad de prensa, en el que expresó su desagrado por la situación imperante en el país. Sus dirigentes políticos —todos— se hallaban en el marasmo, y el país estaba atenazado, decía él, por una “quinteta infernal” hecha de “corrupción, impunidad, mentira, cinismo, incompetencia e irresponsabilidad”, factores que tenían al país al “borde del precipicio”. Parecía poco considerado publicar una caracterización así de desengañadamente cruda en vista de la proximidad del Bicentenario de la Independencia Nacional.

Al final pidió que en su esquila figurara tan solo su paso por la UNAM.